

ISADORA MOON

va al colegio



Mitad vampiro, mitad hada, ¡totalmente única!

Harriet Muncaster



Lectulandia

Mitad hada, mitad vampiro ¡y totalmente única!

Disfruta de la lectura con las aventuras de Isadora Moon, un personaje superespecial.

Isadora Moon es especial porque es diferente.

Su mamá es un **hada**, su papá un **vampiro** y ella tiene un poquito de los dos. Le encanta la noche, los murciélagos y su tutú negro de ballet, pero también la luz del sol, las varitas mágicas y su conejo rosa Pinky.

Cuando llega el momento de empezar el colegio, Isadora no sabe a cuál debe ir: ¿al de hadas o al de vampiros?

Harriet Muncaster

Isadora Moon va al colegio

Isadora Moon - 1

ePub r1.0

Titivillus 17.03.2020

Título original: *Isadora Moon Goes to School*

Harriet Muncaster, 2016

Traducción: Vanesa Pérez-Sauquillo

Ilustraciones: Harriet Muncaster

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



★ ★

Si tuvieras que elegir,
¿preferirías ser un
hada o un vampiro?

★ ★

Yo sería un hada, para ir
revoloteando a todas partes.
(Frankie)

Las hadas son mejores porque
comen un montón de pasteles rosas.
(Ruby)

★



ISADORA MOON

va al colegio



Harriet Muncaster



¡Para vampiros, hadas y humanos de todo el
mundo!



Y para Sarah, mi encantadora suegra.



Capítulo UNO

Isadora Moon: ¡esa soy yo! Mi conejo Pinky y yo nos divertimos mucho juntos.

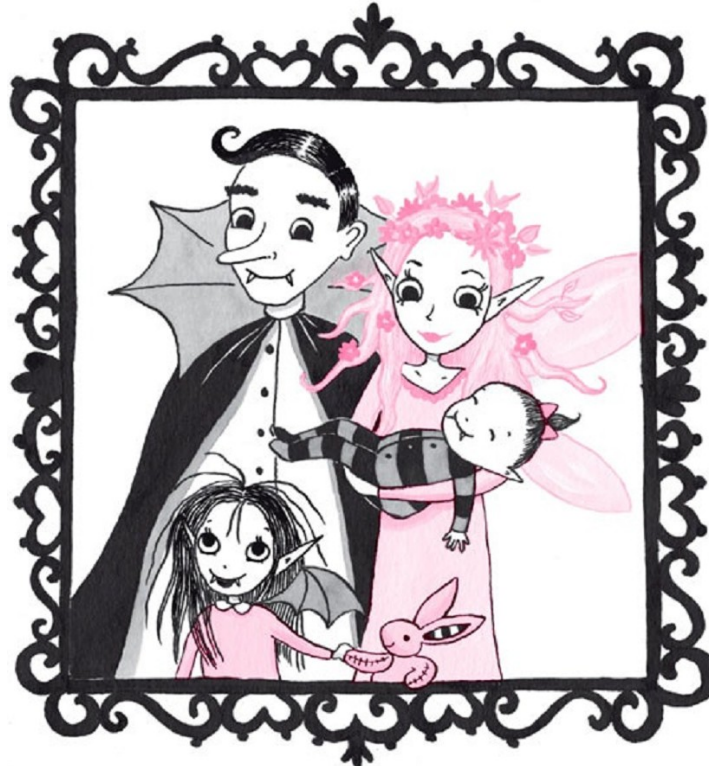


Mi madre es la condesa Cordelia Moon. Es un hada. ¡Sí, en serio! Le gusta cuidar el jardín, nadar en los riachuelos salvajes, hacer hogueras mágicas y dormir al aire libre, bajo las estrellas.

Mi padre es el conde Bartolomeo Moon. Es un vampiro. ¡Sí, en serio! Le gusta estar despierto por las noches, comer solo cosas rojas (tomates... ¡PUAJ!), contemplar el cielo nocturno con su telescopio especial y volar bajo la luna llena.

También está mi hermanita, el bebé Flor de Miel. Es mitad hada, mitad vampiro, ¡como yo! Le gusta dormir a todas horas, decir *gugú* y beber leche rosa.

Mi conejo Pinky y yo lo hacemos todo juntos. Era mi peluche favorito, así que mamá le dio vida con su magia.



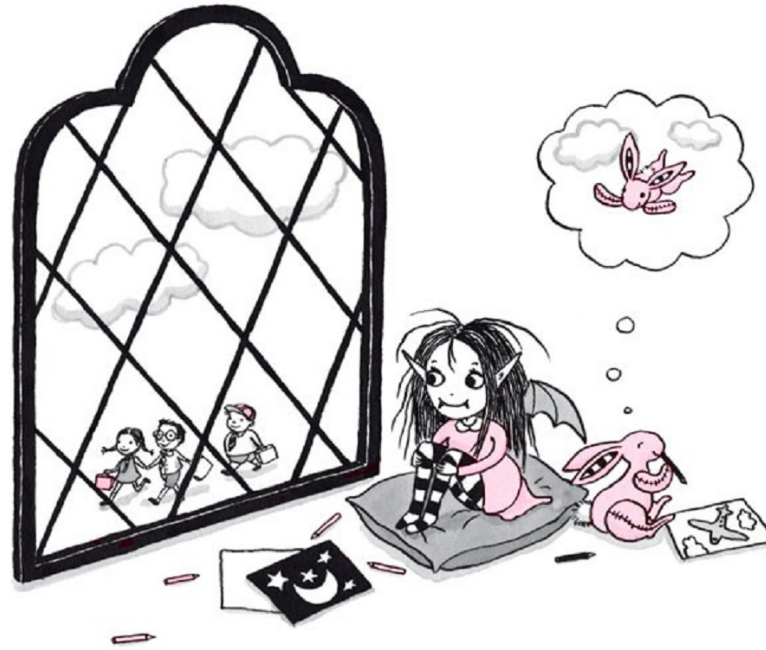
¡Y esta es nuestra casa! Mi habitación es esa de ahí, en lo alto de la torre más alta. Se ve la ciudad entera desde mi ventana. A Pinky no le dejamos casi nunca que se asome, porque le gusta demasiado saltar de los sitios.



Cree que puede volar, como yo.

Pero no puede.

Todas las mañanas miro cómo los niños humanos van andando al colegio por la calle. Llevan unos uniformes muy graciosos, con corbatas de rayas.



Y aunque parece que los niños son muy simpáticos... y que se lo están pasando muy bien... me alegro de ser un hada vampiro, porque las hadas vampiros no tienen que ir al colegio.

O eso es lo que yo pensaba...

Ayer por la tarde, estaba ensayando mis piruetas en el aire frente a la ventana de mi cuarto, cuando papá me llamó desde la planta baja.

—¡Isadora! ¡Es la hora de desayunar! —dijo.

Papá siempre desayuna a las ocho de la noche porque duerme durante el día. Mamá toma su desayuno por la mañana. Por eso, yo normalmente tomo dos desayunos. No me importa, porque las tostadas con mantequilla de cacahuete son mi comida favorita.



Papá estaba sentado a la mesa bebiendo su batido rojo superespecial. A mí me parece asqueroso. No me gusta la comida roja, y menos todavía los tomates. Sé que el batido rojo superespecial de papá los lleva.

—Algún día lo disfrutarás, como un buen vampiro —me dice siempre—. A todos los vampiros les encanta la comida roja.

Pero yo sé que a mí no me encantará. Al fin y al cabo, solo soy mitad vampiro.

Mamá también estaba allí, abriendo las ventanas de la cocina para que entrara el aire fresco y poniendo un montón de flores en jarrones. Tenemos catorce floreros en la cocina. ¡Y un árbol en mitad del suelo! A mamá es que le encanta meter dentro de casa todo lo que es de fuera.



Flor de Miel estaba lloriqueando en su trona porque se le había caído el biberón al suelo. Se lo recogí y lo rellené con más leche rosa. Ella también odia el batido rojo, como yo.



Papá dijo:



—Isadora, ya ha llegado el momento de que empieces a ir al colegio.

—Pero papá —repuse—, soy un hada vampiro. No necesito ir al colegio.

—Hasta las hadas tienen que ir al colegio —dijo mamá.

—¡Y los vampiros! —añadió papá.

—Pero yo **N**O QUIERO ir al colegio —dije—. Llevo una vida perfecta y completamente ocupada aquí en casa con Pinky.

—Pero el colegio te gustaría —insistió papá—. A mí me encantaba mi escuela de vampiros cuando era jovencito.

—¡Y yo adoraba mi escuela de hadas! —dijo mamá, mientras echaba en su cuenco una cucharada de yogur de néctar de flores.

—¡Te lo vas a pasar de maravilla! —ambos sonrieron.

Yo no estaba tan segura.

—Pero no soy solo hada —dije—. Y tampoco solo vampiro. Así que... ¿a qué escuela iría? ¿Hay alguna escuela especial para hadas vampiros? ¿Hay un colegio para mí?

—Pues... no —respondió mamá—. No exactamente.

—Tu caso es muy raro —dijo papá, sorbiendo su batido con una pajita.



—¡Muy especial! —añadió mamá rápidamente—. Yo creo que encajarías a la perfección en la escuela de hadas.



—Pero claro, tal vez te guste más la escuela de vampiros —se apresuró a decir papá—. Es mucho más emocionante.

—¿Ah, sí? —preguntó mamá, como si no estuviera nada de acuerdo—. ¿Qué te parece si dejamos que sea Isadora la que lo decida?



Pinky, contento con la idea, se puso a dar saltos.
—Isadora puede pasar un día en la escuela de hadas y una noche en la de vampiros y decidir cuál le gusta más —dijo mamá.
—Pero... —empecé a decir.



—¡Qué idea más fantástica! —exclamó papá.

—Bueno... vale —dije en voz baja. De pronto, dejé de gustarme el desayuno. Agarré la pata de Pinky y subí lentamente las escaleras hasta mi habitación, dándole vueltas a la cabeza por el camino.



—¿A qué colegio te gustaría ir, Pinky? —le pregunté—. ¿De vampiros o de hadas?

No dijo nada porque no puede hablar, pero levantó la mirada hacia mí con sus pequeños ojos negros y dio un saltito.

—¡Un colegio de conejos! —respondí—. ¡No creo que eso exista!

Cuando llegamos a mi cuarto, organicé una pequeña merienda con mi juego de té especial de murciélagos. Hacer meriendas siempre me ayuda a pensar mejor. No teníamos té de verdad, así que en su lugar echamos brillantina en las tazas y Pinky se manchó todo el hocico.



—Tendrás que portarte con más corrección cuando estemos en el colegio —le dije—. Sé que son muy estrictos con los modales en la escuela de vampiros.

Pinky parecía un poco avergonzado, así que le di una palmadita en la cabeza y le quité la brillantina del hocico.

—No importa —dije—. Siempre podemos ir a la escuela de hadas. Creo que allí son un poco más salvajes.

A Pinky pareció gustarle la idea.

—Además —añadí—, seguro que comen más tartas en la escuela de hadas. ¡A lo mejor hasta tienen tarta de zanahoria!

Pinky se puso a dar saltos de la emoción. Aunque no puede comer de verdad, le gusta hacer como que come. La tarta de zanahoria es su plato favorito.



Me levanté y sacudí la brillantina de mi vestido.

—¡Ay, no sé...! —me lamenté—. ¡No sé si soy más hada o más vampiro! Me encanta la magia, la luz del sol y bailar alrededor del fuego, pero también me encanta la oscuridad de la noche, y volar bajo la luna y las estrellas. Es MUY DIFÍCIL. ¡No sé lo que soy ni tampoco cuál de las dos escuelas elegir!



Pinky se encogió de hombros y se quedó mirándome. Lo tomé en brazos y fuimos a la ventana de mi torre. El cielo relucía, todo lleno de estrellas. Sabía que papá estaría en ese momento en la torrecilla más alta después de la mía, contemplándolas con su telescopio de astrónomo.

★ —Son todas diferentes, ¿sabes? —le dije a ★
★ Pinky—. Cada estrella es única. Pero todas parecen
★ iguales desde aquí abajo.

★ Pinky asintió sabiamente, aunque pude ver que tenía la cabeza en
★ otras cosas.

★ Estaba pensando en saltar por la ventana.

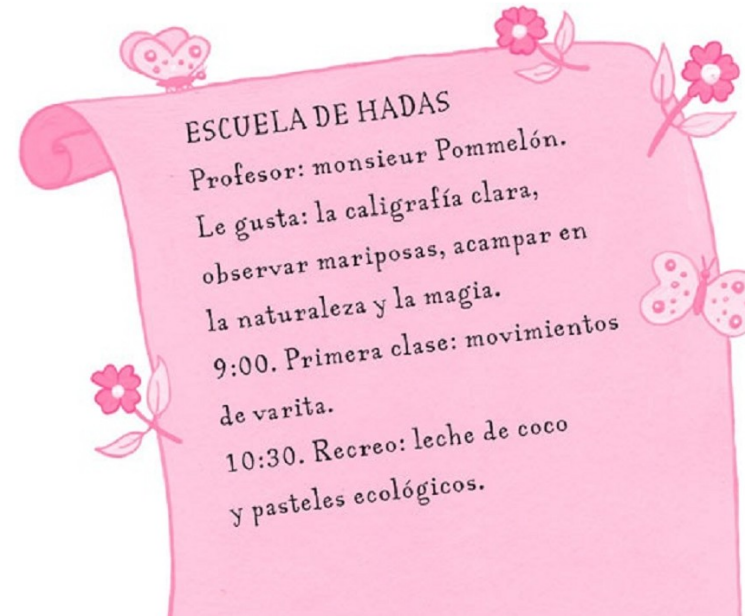
★ Agarré su pata blanda y rosa, y nos subimos al alféizar.

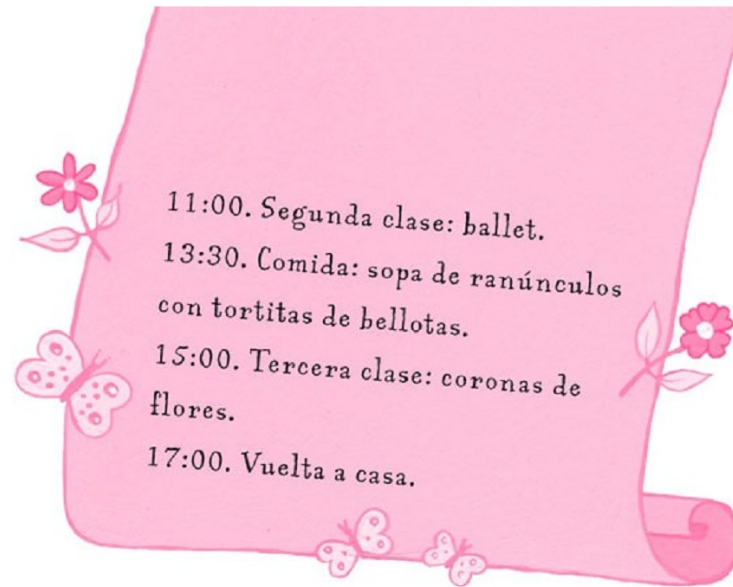
★ —Venga —le dije—, vamos a volar un rato entre las estrellas antes de irnos a la cama.





Capítulo DOS





Estaba un poco nerviosa la noche antes de ir a la escuela de hadas. Creo que Pinky también lo estaba. Siempre sé cuándo Pinky está nervioso o alterado porque no para quieto en toda la noche. Esa noche no paró de moverse y casi no pude pegar ojo.

Por eso estaba tan cansada al día siguiente cuando mamá vino a despertarme.

—¡Vamos, Isadora! ¡A levantarse! —dijo—. ¡Hay que ir a la escuela de hadas! ¡Seguro que te va a encantar...!

Me acompañó al piso de abajo para darme mi baño matutino.

En el estanque del jardín.

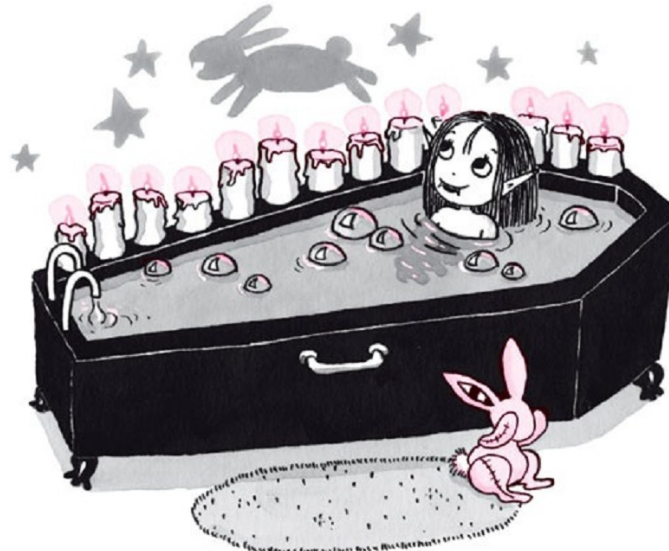
A mamá le encanta bañarse en el estanque, entre nenúfares, y cree que todos deberíamos hacer lo mismo.



—¡Unirte con la naturaleza te llena siempre de energía!

Personalmente prefiero cuando papá se encarga del baño. Es mucho menos... frío. Cuando es papá el que prepara el baño, apaga todas las luces y enciende muchas velas. Crea un ambiente muy poético. A veces hace sombras chinescas que bailan para mí por las paredes.

Ese es el baño que más me gusta.





La escuela de hadas estaba en la cima de una colina cubierta de flores. Parecía un cupcake gigante con ventanas y puertas. La enorme guinda que brillaba en lo alto soltaba nubes de brillantina.

—¿No te parece maravilloso? —dijo mamá.

Después me dio un beso en la mejilla y se fue revoloteando.



Me quedé mirando el colegio, agarrando la pata de Pinky. Necesitaba que le diera la mano porque todo era nuevo y estaba un poco asustado.

Mi profesor se llamaba monsieur Pommelón. Su pelo rosa parecía la crema que recubre un pastel.

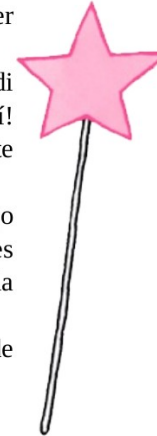


—¡Buenos días a todos! —dijo—. ¡Hoy vamos a aprender cómo se usa una varita mágica!

Siempre he querido tener mi propia varita. De pronto me di cuenta de que la escuela de hadas... ¡estaba hecha para mí! Después de todo, ¿quién no querría tener una varita brillante que cumpla deseos?

—Vamos a hacer que aparezcan cosas maravillosas —dijo monsieur Pommelón—. Lo único que tenéis que hacer es sacudir la varita e imaginar. ¡Seguro que os sale a la perfección!

Le fue dando a cada alumno una resplandeciente varita de plata.





Todas las hadas empezaron a agitar a la vez las varitas en el aire. Comenzaron a aparecer cosas bonitas por la clase. Gatitos, cuencos gigantes de helado, piruletas de rayas, torres de tarta de cumpleaños, limonada recién exprimida...



—¿Qué deseamos nosotros, Pinky? —le pregunté. Y Pinky se puso a dar saltos a mi lado.

—¡Tarta de zanahoria! —dije—. ¡Qué buena idea!

Me imaginé una enorme torre de tarta recubierta de un cremoso glaseado y decorada con pequeñas zanahorias de mazapán.

¡HOP! Sacudí mi varita.

Una zanahoria solitaria cayó por el aire y rodó por el suelo.

Fruncí el ceño.

—No es lo que me imaginaba —
comenté.

Cerré los ojos y volví a pensar en la
tarta. Podía verla con mucha claridad.

Sabía exactamente cómo tenía que ser.
Tenía cinco capas y un conejito de
mazapán en la última.

Sacudí la varita de nuevo.

¡HOP!

Tampoco apareció ninguna tarta. En su
lugar, la zanahoria empezó a crecer. Rodó
por el suelo haciéndose cada vez más
grande.

—¡Vaya! —le dije a Pinky.



Busqué con la mirada a monsieur Pommelón, pero estaba ocupado probando un pastel en la otra punta de la sala.

¡Ahora la zanahoria era GIGANTE!

—¡Para de crecer! —le dije—. ¡Para!

Pero la zanahoria no paró. Siguió creciendo más y más, y más.

—¡Monsieur Pommelón! —grité. Pero no me oyó por el alboroto que estaban montando los alumnos, charlando emocionados.

Me quedé contemplando la zanahoria gigante. Algunas de las hadas que estaban más cerca se dieron cuenta. La señalaban y se reían.

¡Qué vergüenza!





Volví a apuntar apresuradamente a la zanahoria con mi varita. Hubo un ¡HOP! y una lluvia de chispas.

«¡Para de crecer!», pensé. «Conviértete en una buena tarta».

La zanahoria paró de crecer.

Pero no se convirtió en una buena tarta, sino que le crecieron un par de alas negras de murciélago y echó a volar.

¡¡¡MONSIEUR POMMELÓN!!!

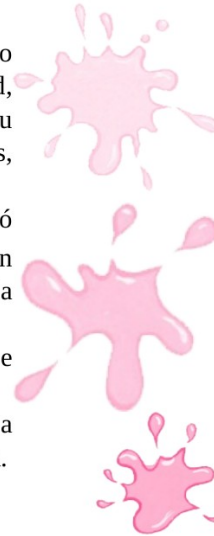
Chillé.

Por fin se dio la vuelta. Justo a tiempo para ver cómo la zanahoria gigante recorría la clase a gran velocidad, chocándose contra las paredes y destrozándolo todo a su paso. Tartas y limonadas explotaban por todas partes, salpicando las paredes y derramándose por el suelo.

—¡PONEOS A CUBIERTO! —gritó monsieur Pommelón, escondiéndose de un rápido brinco bajo su mesa, delante de la clase.

Las demás hadas siguieron su ejemplo, lanzándose también bajo sus pupitres.

Yo me agazapé bajo el mío, desde donde escuchaba los golpes y estallidos que había por encima de mi cabeza.





«¡Todo esto es culpa mía!», pensé mientras buscaba la pata de Pinky para agarrarla.

Pero la pata de Pinky no estaba allí. Y tampoco Pinky.

¿Dónde estaba?!

Me asomé por debajo del pupitre a través de la lluvia de limonada y la ducha de migas de tarta. Sentía el corazón encogido en el pecho. ¿Y si la zanahoria lo había aplastado?

¡Pero entonces lo vi!

Estaba al otro lado de la habitación, abriendo una de las ventanas grandes de la clase.

«¡Qué conejo más listo!», me dije.

Al abrir la ventana, una brisa fresca de verano entró flotando en la habitación. La zanahoria se detuvo en el aire. Hizo una pirueta. Después, apuntó con la nariz hacia la ventana abierta y se lanzó como un cohete hacia el cielo, dejando a su paso una estela de migas de tarta y piruletas.

Todo quedó en silencio durante un segundo y nadie dijo nada.

Entonces, monsieur Pommelón salió de debajo de su mesa y se alisó el traje.

—¡Vamos, clase! —dijo—. Salid de debajo de vuestras mesas. ¡Hay que ver! ¡Escondese bajo la mesa por una zanahoria...! —después añadió—: Isadora, me temo que no tienes la habilidad de las hadas para usar la varita.

«Bueno», pensé. «Quizá sea completamente un vampiro, después de todo».



La clase siguiente fue de ballet.

He ido a clases de ballet desde que tenía tres años, así que no me preocupaba ser un desastre en esta asignatura.

Fuimos a ponernos el tutú.

Me ENCANTA mi tutú de ballet. Después de Pinky, es lo que más me gusta del mundo. Es un tutú negro como la medianoche, con estrellas plateadas y brillantina oscura.

Me hace sentir MÁGICA y MISTERIOSA.

A veces me lo pongo solo para divertirme cuando estoy en casa.

Después de ponérmelo, me di cuenta de que las demás hadas me estaban mirando con cara rara. Y también monsieur Pommelón.



—No puedes llevar eso —dijeron todas—. ¡Es negro!

—Pero me gusta el negro —repuse—. El negro es el color del cielo por la noche. El negro es un color mágico y misterioso. ¡Y mirad cómo brilla!

—Pero es negro —dijo monsieur Pommelón—. Las hadas llevan ropa de ballet rosa. Son las normas.

Tuve que cambiarme el tutú y ponerme uno hinchado y rosa. No era lo mismo. Descubrí que me tropezaba con el tutú rosa. Perdía los pasos y fui la peor de la clase. Ya no me sentía mágica y misteriosa.







—Vaya —le dije a Pinky—. A lo
★ mejor soy más vampiro de lo que pensaba.

Para comer tuvimos sopa de ranúnculos y tortitas
de bellotas.



—¡QUÉ RICO! —decían todas las hadas—. Nos ENCANTAN las
tortitas de bellotas y la sopa de ranúnculos. ¡Saben a árboles y a flores!



Yo no tenía tan claro que quisiera que mi comida supiera a ★
árboles y flores, pero con el hambre que tenía, me lo comí todo.
No estaba tan mal.

Aunque no se podía ni comparar a una buena tostada de
mantequilla de cacahuete.

La última clase del día fue la de hacer coronas de flores. ★

—Estamos llegando a la mitad del verano —dijo
monsieur Pommelón—. Un acontecimiento muy ★
importante en el calendario de las hadas. Vamos a ir al bosque
mágico que hay detrás de la escuela ¡a buscar ramas y flores para
hacer coronas! Nos las pondremos la semana que viene para bailar alrededor
de la hoguera.



—¡Oooohhh! —exclamaron todas las hadas.

—Sí —asintió monsieur Pommelón—. Es una
forma maravillosa de acercarnos a la naturaleza.★
¡Venga! ¡A quitarse los zapatos!



Nos los quitamos y, siguiendo a monsieur
Pommelón, salimos del colegio y entramos en el bosque mágico.



—Ya hemos llegado —dijo—. ¡Ahora a buscar!

Yo quería hacerlo muy bien, después del desastre de la clase de varita mágica y de la de ballet.

«Se van a enterar», pensé. «¡Haré la mejor corona que hayan visto nunca!». Empecé a recoger las flores más grandes y bonitas que pude encontrar. Luego las entrelacé con algunas hojas y ramitas. Pinky me miraba con aprobación.



—¡Faltan cinco minutos! —dijo monsieur Pommelón—. Después iré a ver lo que habéis hecho.

Me moría de ganas de ser la mejor. ¿Qué más podía poner?

Entonces divisé unas setas de colores brillantes formando un círculo, no muy lejos.



—¡Parecen joyas! —le dije a Pinky. Me apresuré a coger algunas y las clavé en la corona—. ¡Preciosa! Mira, Pinky. ¡Soy la reina!

Pero cuando monsieur Pommelón vio lo que había hecho no se puso nada contento.

—¡Isadora Moon! —dijo—. ¡Acabas de destrozar un anillo de hadas sagrado!

Parpadeé.

—¿Es que nadie te ha dicho... —continuó monsieur Pommelón— que nunca, jamás, debes coger setas de un anillo de hadas? Además, son setas venenosas.



Bajé la mirada hacia mis manos y vi que estaban cubiertas de granitos rojos que escocían.

—¡Quítate esa corona inmediatamente! Será mejor que vayas a ponerte alguna pomada mágica de la enfermería de la escuela —ordenó monsieur Pommelón.

A toda prisa me quité la corona de la cabeza y la tiré al suelo. Sentía cómo los ojos se me llenaban de lágrimas.

—No lo sabía... —dije—. No lo sabía porque no soy un hada, ¡soy un vampiro!

Después me di la vuelta y eché a correr hacia el colegio. Me negué a decir ni una palabra hasta que mamá vino a recogerme a la salida.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó al verme—. ¿Te lo has pasado bien? ¿A que la escuela de hadas es absolutamente maravillosa?

Le respondí que no era nada maravillosa y que, además, me parecía que yo no era un hada. Era solo un vampiro.



Mamá estaba un poco decepcionada.
—Probablemente es porque estás cansada —dijo—. Seguro que mañana
te sentirás de otra manera.
Fuimos a casa y desayuné con papá.



Estaba encantado de oír que yo era un vampiro.

—Lo sospeché desde el principio —dijo mientras sorbía su batido rojo.

Al acabar el desayuno, llegó la hora de dormir. Estaba tan cansada después del día en la escuela de hadas que se me olvidó hasta lavarme los dientes. Me acurruqué con Pinky bajo nuestra colcha de estrellas y me quedé dormida inmediatamente.

Cuando desperté era por la mañana y el sol entraba a raudales en el cuarto a través de la ventana de mi torrecilla.

—¡Venga, Pinky! —dije, echándole fuera de la cama con el dedo—. ¡Esta noche toca escuela de vampiros!

Me vestí y bajamos deslizándonos por la barandilla hasta la cocina.

Papá acababa de regresar de su vuelo nocturno. Bostezaba y parecía cansado. Mamá estaba ocupada recolectando manzanas del árbol de la cocina. Las iba convirtiendo en vasos de zumo con su varita.

Me senté a la mesa y empecé a untar mantequilla de cacahuete en mi tostada.

—¿Tienes ganas de ir a la escuela de vampiros esta noche? —preguntó papá con ilusión.

—¡Oh, sí! —respondí—. Creo que me gustará la escuela de vampiros. Papá parecía contento. Bostezó y miró el reloj de pared.

—Pues entonces mejor que vuelvas a la cama después de desayunar —dijo—. Tienes que dormir todo el día para estar despejada y bien por la noche. ¡Igual que yo!

Lo miré fijamente.

—¡Si acabo de salir de la cama! —repuse con asombro—. ¡No estoy cansada!

—Pero estarás cansada en el colegio si no duermes hoy —dijo papá—. Venga, acábate la tostada y sube a tu cuarto a dormir.

Así que terminé mi tostada, pero muuuuy lentamente. Y después subí las escaleras de mi torre. Muuuuy lentamente. Y me volví a poner el pijama muuuuy lentamente, me senté en la cama y me quedé mirando el sol que entraba por la ventana.



¿Cómo iba yo a poder dormir ahora?

Hacía un día muy luminoso y los pájaros cantaban con fuerza en la calle. Los niños también estaban armando mucho alboroto, de camino al colegio. Después de unos minutos, me levanté e intenté tapar la luz con mi colcha. No tuve mucho éxito.

—¡MAMÁÁÁ! —grité escaleras abajo.

Mamá vino corriendo.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Hay demasiada luz —me quejé.

Mamá hizo aparecer por arte de magia un par de cortinas oscuras en mi ventana.

—Hay demasiado ruido —protesté—. Puedo oír los pájaros.

Mamá hizo aparecer un par de tapones de oídos.

—Tengo sed —dije.

Mamá se fue y me trajo un vaso de zumo de manzana.

—Creo que tengo que ir al baño.

—Pues entonces será mejor que vayas —suspiró mamá.

Cuando llegó la noche no había pegado ojo. Pero había bebido trece vasos de zumo de manzana e ido al baño incontables veces.

De pronto, me sentí muy cansada. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Ni tampoco Pinky.

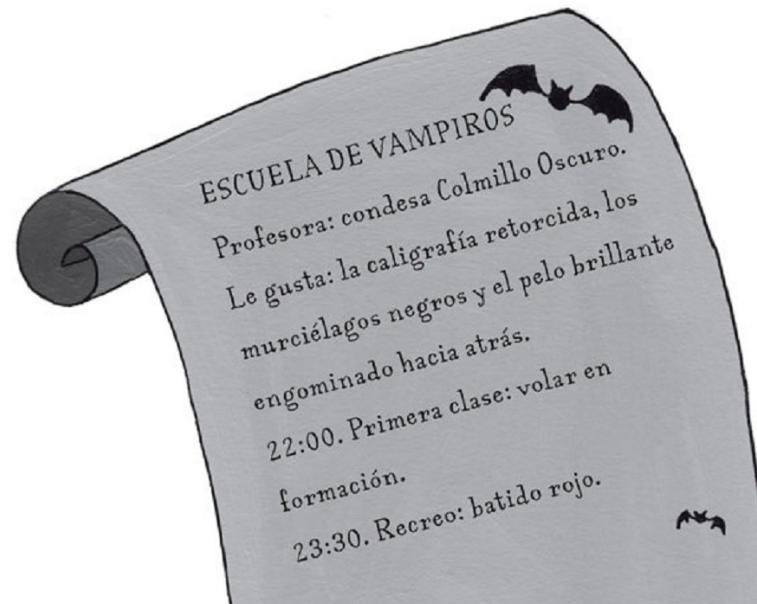
—Tenemos mucho sueño —le dije a papá—. Quizá deberíamos irnos a la cama.

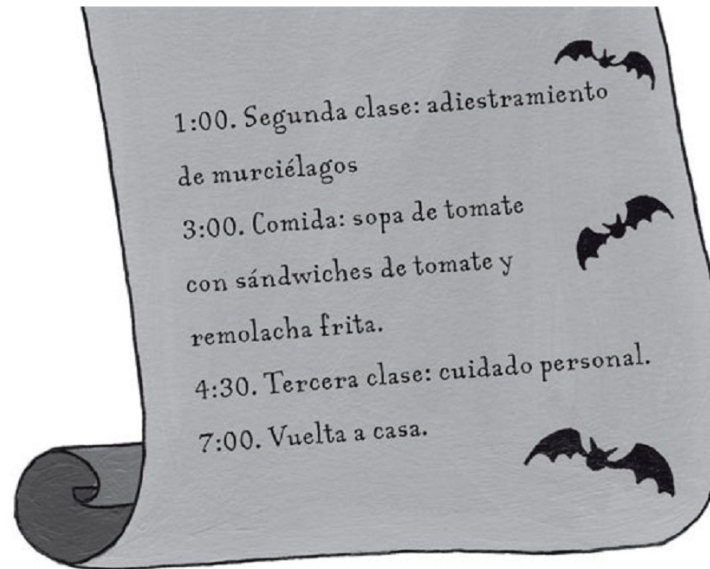
—Tonterías —repuso papá—. ¡Has estado durmiendo todo el día! En cuanto veas lo emocionante que es la escuela de vampiros ¡no querrás irte a dormir!





Capítulo
TRES





La escuela de vampiros también estaba en una colina, pero sin flores ni forma de pastel rosa.

Era un castillo alto y negro con murciélagos revoloteando alrededor de sus torres y pináculos. Tras él, los rayos y los truenos estallaban en el cielo.

Pinky empezó a temblar, así que le cogí la pata. Sabía que estaba un poco asustado. No le gustan las tormentas.

—¿No es maravilloso? —exclamó papá. Después abrió su capa y salió volando por el cielo, aullando de alegría.



Mi profesora era la condesa Colmillo Oscuro. Era altísima y tenía las uñas afiladas y rojas.



—Buenas noches a todos —dijo—. Hoy vamos a aprender a volar como vampiros de verdad. ¡Vamos a PLANEAR y a GIRAR, y a IR A TODA VELOCIDAD cruzando la luna! Vamos a volar en perfecta formación para hacer preciosas figuras en el cielo. Empezaremos con la figura de una flecha. Una buena flecha puntiaguda.

«Guay», pensé. Yo ya sabía volar y, además, tenía algo que no poseían los demás niños vampiros: ¡alas! Sería fácil.

—¡Seguidme! —dijo la condesa Colmillo Oscuro. Desplegó su capa y salió disparada por el aire, veloz como un rayo.

Uno a uno los demás vampiros la siguieron. PLANEAR, GIRAR, IR A TODA VELOCIDAD.

Entonces llegó mi turno. Pero en cuanto me elevé en el aire vi que no estaba ni planeando ni girando ni yendo a toda velocidad. Estaba... aleteando.



Tap, tap, tap, hacían mis alas. No iban tan rápido como los demás, ni de lejos. Se movían más bien como... alas de hada. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—¡Vamos, Isadora! —gritó la condesa Colmillo Oscuro—. ¡Te estás quedando atrás!

Aleteé con más fuerza, intentando seguir el ritmo de la clase. Podía ver al resto de vampiritos muy por delante de mí, dando vueltas alrededor de la luna, grande y brillante.

—¡FLECHA! —gritó con voz aguda la condesa Colmillo Oscuro.

Los demás vampiros se colocaron formando una flecha, dejando un hueco al final para mí.

—¡Vamos, Isadora! —me llamaron.

Aleteé lo más rápido que pude y por fin llegué a mi sitio, al final de la flecha. Empezaba a recuperar el aliento cuando la condesa Colmillo Oscuro dijo:

—Ahora... ¡SALID DISPARADOS!

De pronto, la formación de flecha se lanzó hacia delante y me quedé sola otra vez en medio del cielo.

Era agotador.



★ —¡Esperad! —grité, batiendo las alas lo más★
rápido que podía—. ¡Esperadme!
—¡PARAD TODOS! —chilló la condesa Colmillo★ ★
Oscuro—. Tenemos que esperar a Isadora.

Los demás se detuvieron de inmediato en el cielo, manteniendo su perfecta formación en flecha. En sus cabezas relucientes no había ni un★
pelo fuera de lugar.

Continué aleteando, pero no estaba acostumbrada a volar tan★
rápido. ¡Ahora no podía parar! Me choqué contra el vampiro que
había al final de la flecha, y mis alas se enredaron en su capa de tal manera
que rodamos como una pelota y empezamos a caer en picado hacia el suelo.

—¡Ayuda! —grité mientras dábamos
vueltas y vueltas, con las estrellas pasando
veloces ante nuestros ojos.

—¡EMERGENCIA! —chilló la condesa
Colmillo Oscuro. Se recogió la capa y se lanzó
hacia nosotros. Afortunadamente, los
vampiros vuelan rapidísimo.

Me agarró del vestido justo antes de que
chocáramos contra la tierra.

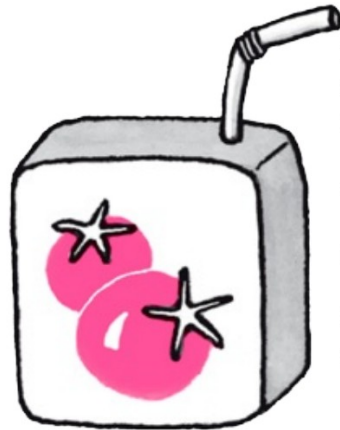
—¡Por los pelos! —dijo mientras nos
colocaba de pie en el suelo—. Creo que ya
hemos volado suficiente por hoy.

Pinky se enjugó la frente con la pata,
aliviado.

—Creo que volar no es tu mejor talento, Isadora —dijo la condesa
Colmillo Oscuro.

Agaché la cabeza. A lo mejor era más hada que vampiro.





Después de la lección de vuelo llegó la hora de tomar algo. La condesa Colmillo Oscuro nos dio a cada uno un envase de zumo rojo.

—¡Qué rico! —dijeron todos los vampiritos.

—¡Qué asco! —dije yo—. ¡Es zumo de tomate!

—¡Pues claro que sí! —dijo la condesa Colmillo Oscuro—. Es lo que nos gusta beber a nosotros, los vampiros. ¡Está delicioso!

Miré a Pinky, y Pinky me miró a mí.

—Creo —susurré— que a lo mejor no soy

un vampiro después de todo...

Entonces bostecé. Un gran bostezo. Estaba muy cansada.

—¡Bueno! —dijo la condesa Colmillo Oscuro—. Es la hora del adiestramiento de murciélagos. ¡Seguidme!



Nos llevó a través de un pasillo oscuro y sinuoso, hasta llegar a una gran habitación donde había cientos, tal vez miles de murciélagos enjaulados.



—Los murciélagos son mascotas maravillosas para los vampiros —dijo la condesa Colmillo Oscuro—. Son útiles especialmente para repartir el correo.

★ Hizo un gesto a su alrededor señalando ★
a los murciélagos que aleteaban en sus jaulas.

—Podéis elegir uno para que sea vuestra mascota particular —dijo. ★

★ Eché un vistazo por la habitación. De pronto, me entusiasmé. Me
★ ENCANTAN los murciélagos. En nuestro desván tenemos
★ veintisiete. Me gustaba la idea de tener uno especial como
mascota.

Miré dentro de las jaulas. Había murciélagos grandes y pequeños, delgaduchos, elegantes... ¿Cuál debía elegir?

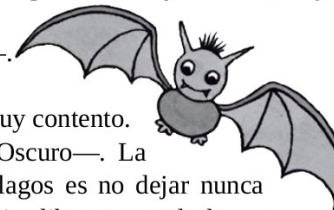
Al final me decidí por uno mediano, de pelo suave y brillantes ojos negros.

—Lo llamaré Botón —le dije a Pinky—.
¿No te parece bonito?

Pero por alguna razón Pinky no parecía muy contento.

—¡Bueno! —dijo la condesa Colmillo Oscuro—. La primera norma de adiestramiento de murciélagos es no dejar nunca que vuestro murciélago salga de la jaula al aire libre o cuando la ventana esté abierta. Si lo hacéis, podría irse volando. ★

Todos recorrimos la habitación con la mirada para comprobar que las
★ ventanas de la torre estaban cerradas. ★



—Por supuesto —continuó la condesa Colmillo Oscuro—, una vez que vuestro murciélago esté completamente adiestrado, como el mío, nunca saldrá volando —sonrió vanidosa mientras acariciaba a su murciélago, que era enorme y tenía el pelo negro como la medianoche—. Ya podéis sacar a vuestro murciélago —dijo.

Abrí la puerta de la jaulita y Botón echó a volar.

—Bien —dijo la condesa Colmillo Oscuro—. ¡Empecemos! Lo primero que vamos a enseñar a nuestro murciélago es cómo hacer una pirueta en el aire.



Señaló a su propio murciélago e hizo un rizo con el dedo. Inmediatamente el murciélago realizó una pirueta perfecta.

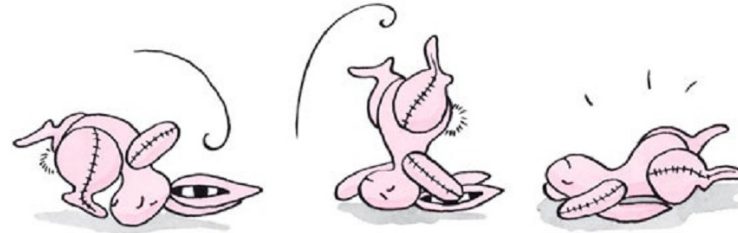
—Ahora intentadlo vosotros —dijo a la clase.

Señalé con el dedo a Botón e hice un movimiento circular. Botón se puso cabeza abajo en el aire.

—¡Casi! —dije con emoción—. Pinky, ¿has visto eso?

Pero Pinky no me oyó.

Estaba ocupado haciendo piruetas perfectas por el suelo.



Lo siguiente que vamos a hacer —dijo la condesa Colmillo Oscuro— es enseñar a nuestra mascota a sentarse correctamente en nuestro hombro.

Chasqueó los dedos y al momento su murciélago fue volando a posarse en su hombro izquierdo.

Yo chasqueé los dedos hacia Botón.

Pero antes de que tuviera la oportunidad de hacer nada, Pinky vino saltando por el aire y aterrizó de golpe en mi hombro.

—¡Oye, Pinky! —le dije—. ¡Tienes que bajarte!



Pero Pinky no quería bajar. Se agarró a mi cuello con sus garras rosas y clavó firmemente sus suaves patas traseras en mi clavícula.



—En serio —insistí—. Hazlo o vamos a tener problemas —lo aparté de mí y lo puse en el suelo.

Volví a prestar atención a Botón y chasqueé los dedos de nuevo.

—Vamos —le animé.

Pero Botón no parecía demasiado interesado en venir a sentarse en mi hombro. Estaba repentinamente fascinado con algo que había al otro lado de la habitación. ¿Qué era? Me giré para mirar y solté un grito ahogado.

¡La ventana de la torre! ¡Estaba abriéndose de par en par!

«¡Oh, NO!», pensé mientras el aire de pronto se llenaba del ruido de batir de alas.

Todas las mascotas murciélagos, incluido Botón, se precipitaron hacia la ventana abierta.

¡ZUUUM!, hicieron. ¡TAP, TAP, TAP! ¡FFFIUUU! ¡LIBERTAD!

—¡ARGHHH! —chilló la condesa Colmillo Oscuro—. ¿QUIÉN HA ABIERTO LA VENTANA? —se recogió la capa y cruzó la habitación de un salto para cerrarla.



★ Pero era demasiado tarde.

Los murciélagos se habían ido.



Desvié la mirada hacia Pinky. Estaba merodeando junto a la ventana abierta, y parecía muy satisfecho consigo mismo.

—¡Isadora Moon! —exclamó la condesa Colmillo Oscuro—. ¡Ese conejo rosa tuyo es un ESTORBO! ¡Una MOLESTIA! ¡Y por lo tanto desde este instante le PROHÍBO la entrada a la escuela de vampiros!

—Pero... —repuse.

★ —Pero NADA —dijo la condesa Colmillo Oscuro—. Desde ★ hoy, nunca JAMÁS se le permitirá volver.

A continuación se recogió la capa y salió zumbando de la habitación hacia el comedor.

Pinky no parecía nada arrepentido.

Después de comer (más comida roja: sándwiches de tomate, sopa de tomate y remolacha frita, ¡PUAJ!), llegó la hora de la última clase del día: cuidado personal.

—Cuidar nuestro aspecto es MUY IMPORTANTE —dijo la condesa Colmillo Oscuro mientras entraba en la clase y repartía espejitos de plata, cepillos con púas y botes de pegajosa gomina para el pelo—. Los vampiros tienen que ir acicalados lo mejor posible. Un pelo arreglado y brillante es extremadamente importante. Es la norma —continuó dándose palmaditas con orgullo en su cabello perfecto. Llevaba tanta gomina que, cuando lo tocó, sonó *toc, toc*.

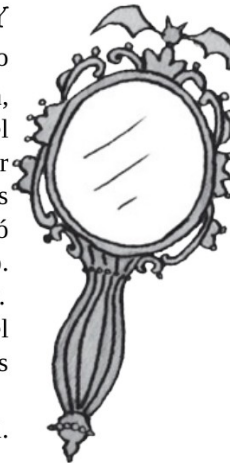
Los demás vampiros empezaron a peinarse el cabello, ya de por sí arreglado y brillante, mientras sonreían.

Yo cogí el cepillo. La operación no iba a ser fácil. Mi pelo es bastante... salvaje.

Me puse el cepillo en la cabeza.

¡Un minuto después estaba enganchado!

—¡Condesa Colmillo Oscuro! —grité—. ¡El cepillo se ha enganchado en mi pelo!





La condesa se acercó con rapidez, chasqueando la lengua ruidosamente en señal de desaprobación. Tiró un poquito del cepillo, pero este no se movió.

—Tu pelo está demasiado enredado —se quejó. Tiró un poco más fuerte.

—¡Auuuu! —dijo.

Y después, un poco más fuerte...

★ —¡AUUUU! —grité.

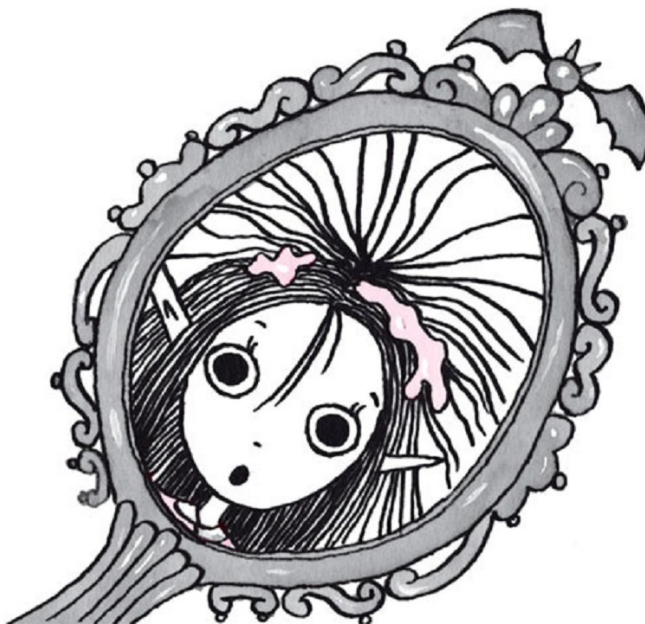
Al final, el cepillo salió.



Y también un buen mechón de pelo mío.

—Vamos a probar mejor con la gomina —dijo la condesa Colmillo Oscuro. Cogió una buena cantidad del bote y empezó a untarme con ella la cabeza.

—Con esto será suficiente —dijo.



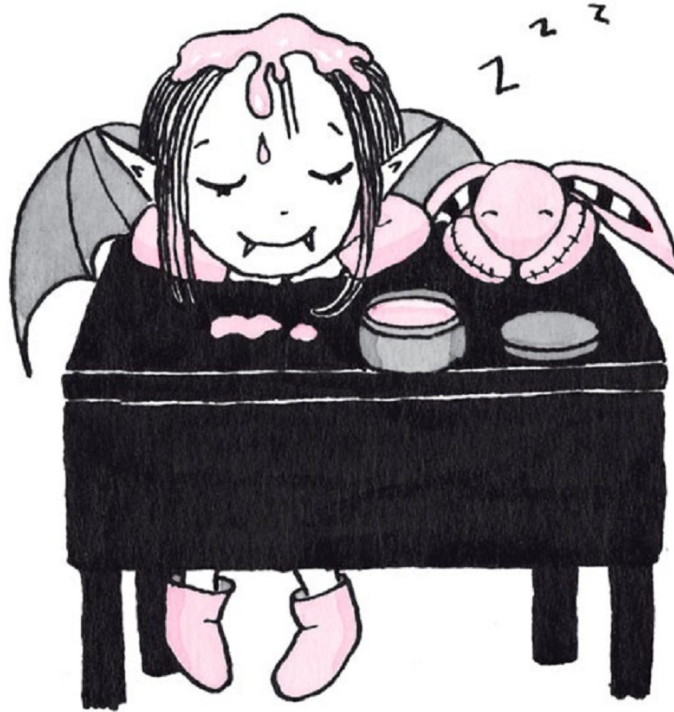
★ Pero no era suficiente: mi pelo no bajaba. Miré en el espejito ★
de mano y contemplé a la condesa intentando aplanarlo. Cada vez
que intentaba poner un mechón en su sitio, este salía disparado hacia arriba.
¡Ping! ¡Ping! ¡PING!

—Hum... —dijo la condesa Colmillo Oscuro frunciendo el ceño—.
Isadora, ¡tu pelo es muy SALVAJE!

Sonreí adormilada. No me importa que mi pelo sea salvaje. De hecho, me
gusta bastante. Cerré los ojos mientras la condesa Colmillo Oscuro seguía
cubriendo mi cabeza con montones de gel pegajoso. Resultaba muy relajante.
Y yo tenía tanto sueño...

—¡LO DOMARÉ! —oí que decía mientras empezaba a quedarme frita
—. ¡LO HARÉ! Esto es inaceptable...

Y entonces, antes de darme cuenta, me quedé completamente dormida.



Papá no estaba demasiado emocionado cuando vino a recogerme al final de la noche.

—¡No puedes quedarte dormida en la escuela de vampiros, Isadora! —dijo.

—Ya lo sé —respondí con tristeza—. A lo mejor no tengo nada de vampiro.

Papá parecía decepcionado.

—Espero que pienses de otra manera después de echarte un buen sueñecito —dijo con esperanza—. Vamos a casa.

Así que volvimos volando juntos a casa y me fui directamente a la cama como papá hace cada mañana.

Y dormí toda la mañana... ¡Y no me desperté hasta las tres de la tarde!

Fue muy raro.

Cuando me levanté, mamá me estaba esperando en la cocina. Me había hecho un sándwich. Sabía que lo había hecho con magia porque cada vez que lo mordía cambiaba el sabor. Primero



era jamón, después mantequilla de cacahuete, después pepino, después...

—¡PUAJ! ¡Tomate! —grité.

A veces los métodos rápidos de mamá no son perfectos.

—¡Vaya! —dijo ella—. Lo siento. Todavía no me sale demasiado bien ese hechizo. Deja que lo intente otra vez.

—No te preocupes —dije—. Ya no tengo hambre.

—Bueno, ¿qué tal la escuela de vampiros? —preguntó mamá—. ¿Te gustó más que la escuela de hadas?



—No lo sé —respondí—. Sigo sin saber si soy más hada o más vampiro.

—Ah —dijo mamá—. Ya veo.

Cogí un puñado de cereales y me fui a pasear por el jardín con Pinky. A través de la verja, podíamos ver a los niños que volvían del colegio caminando por la acera. Algunos iban desaliñados y otros, en cambio, muy bien arreglados. Algunos eran ruidosos y otros silenciosos. Algunos altos y otros bajos. Algunos gordos y otros delgados. Y había algunos que no eran ni una cosa ni otra.

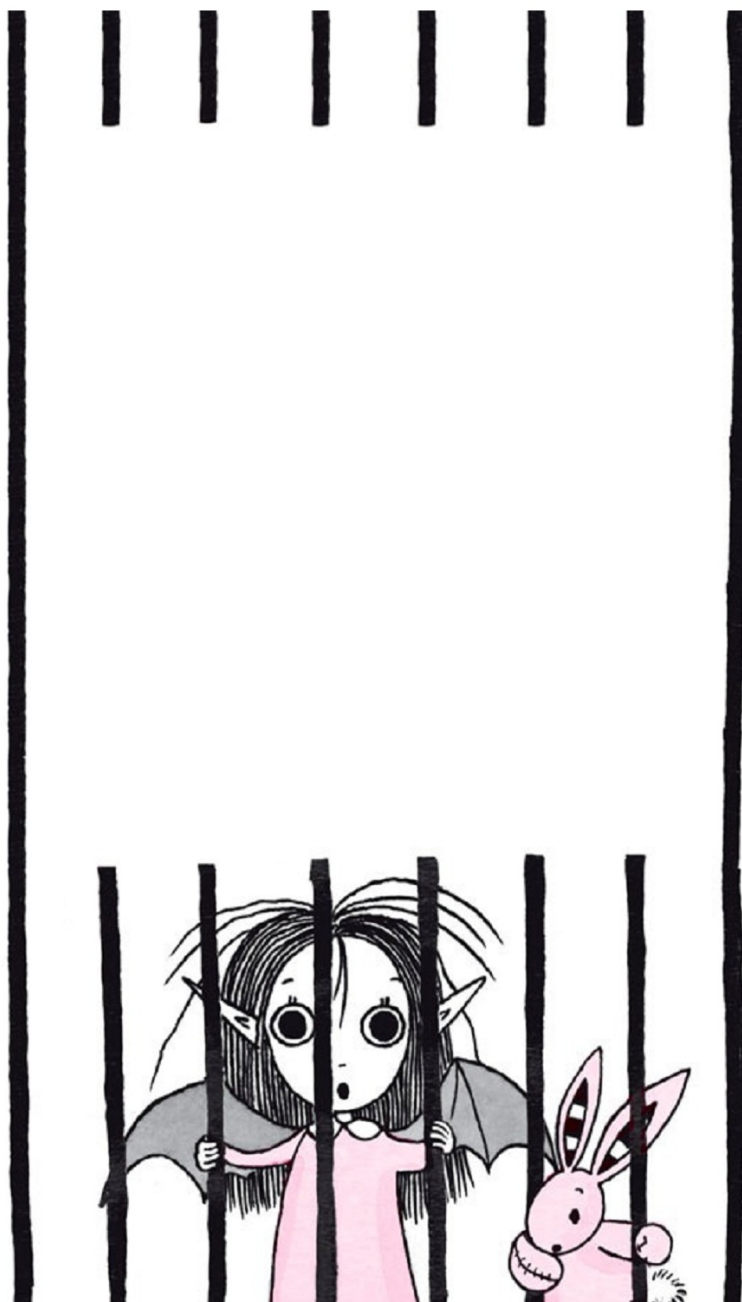
Y el caso es que... ¡a ninguno de ellos parecía importarle!



De pronto recordé lo que papá me había dicho sobre las estrellas del cielo. Cómo cada una es distinta, pero todas son bonitas, y pensé: «Quizá no importa si soy un poco diferente. Lo diferente también puede ser bonito».

Acerqué la cara más a la reja y uno de los chicos me vio. Tenía el pelo rubio, muchas pecas y una gran sonrisa. Dijo:

—¡Eh, tú! ¿Cómo te llamas?



No respondí porque, de pronto, sentí mucha timidez.

Pero el chico no se marchó. Vino hasta donde yo estaba y levantó la vista hacia mi casa.

—¡Qué casa más chula! —dijo. Después vio mis alas—: ¡Qué alas más chulas! —exclamó—. ¿Puedes volar de verdad con ellas?

Asentí y me levanté unos centímetros del suelo.

—¡Qué guay! —gritó el chico.

Otros niños empezaron a acercarse a donde estábamos.

—¡GUAU! —dijeron—. ¡Siempre hemos querido hablar contigo!

—¿En serio? —pregunté sorprendida.

—¡Claro que sí! —respondió el chico—. Pasamos delante de tu casa todos los días de camino al colegio. Te veíamos ahí arriba, en la ventana de esa torrecilla.



★ —Y además, ¡hemos visto a un HADA! —dijo una niña con
★ coletas que mordisqueaba muy entretenida un sándwich de
mantequilla de cacahuete—. ¡Un hada con el pelo rosa! Mis amigos y
yo siempre nos asomamos para conseguir verla.

—Ah... Tan solo es mi mamá —dije.

—Algunos hemos visto un vampiro —dijo el chico estremeciéndose—.
Un vampiro de los que dan miedo de verdad, con capa negra y dientes

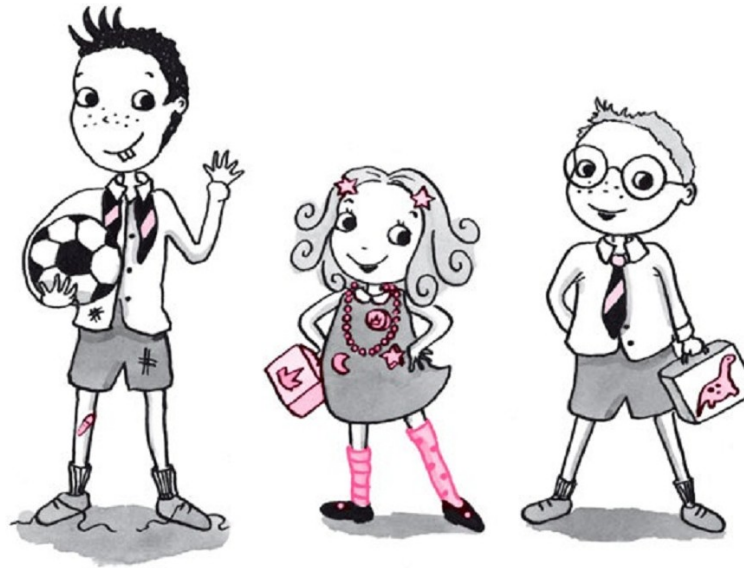
afilados. A unos niños de la clase les da tanto miedo que no pasan por delante de tu casa, ¿sabes? —infló el pecho—. ¡A mí no!

Me reí.

★ —Tan solo es mi papá —dije—. ¡No da nada de miedo!
—¿Así que hay hadas y vampiros viviendo aquí de verdad? —★
preguntaron los niños—. ¿En serio?
—¡Sí! —respondí—. ¡En serio! Y aquí vive también un hada vampiro...
¡YO!



—¡Un hada vampiro! —repitieron los niños—. ¡Es todavía mejor!
—¡Ojalá yo fuera también un hada vampiro! —dijo una niña con
horquillas de plástico rosa en su pelo rizado.
De pronto me sentí muy orgullosa de ser quien era.
—Me llamo Isadora —les dije.



—Qué nombre tan bonito —dijo la niña de pelo rizado—. Yo me llamo Zoe y ella es Sashi —señaló a la de las coletas.

—Y yo soy Bruno —dijo el niño.

—¿Y a qué colegio vas? ¿Es un colegio especial para hadas vampiro?

—Pues... —empecé a decir—, yo...

Pero justo entonces oí que me llamaban desde casa.

—¡¡SADOOOORA!



Era mamá, que quería que volviera a entrar.

—Tengo que irme —le dije a los niños—. ¡Pero ha sido genial conocerlos! A lo mejor podemos volver a charlar por la verja otro día. ¡Puedo traer sándwiches de mantequilla de cacahuete!

—¡Sí! —dijeron todos los niños—. ¡Vuelve, por favor! Podemos hacer un pícnic. Y trae también a tu conejo rosa, ¡es muy gracioso!

—Los sándwiches de mantequilla de cacahuete son mis favoritos —dijo Sashi.

—¡Y también los míos! —dije yo—. Me gusta tomarlos con zumo de manzana.

—¡Suenan muy ricos! —dijo Bruno.



—¡ISAD0000RA! ¿Qué estás haciendo? —me volvió a llamar mamá.

—¡Ahora sí que tengo que irme! —dije.

Me despedí de los niños y corrí de vuelta a casa con Pinky dando saltos de alegría detrás de mí.



Mi carrera se convirtió en carrera con saltos, y después con saltos y brincos. No podía evitarlo. De pronto me sentía tan feliz...

—Aquí estás —dijo mamá cuando entré en casa.

—Ah, bien —bostezó papá. Era todavía un poco pronto para que estuviera despierto, así que llevaba sus gafas de sol.

—Hemos decidido ver si puedes ir a ambas escuelas a la vez —dijo mamá

—. ¡Es la solución perfecta!

—Pero... —murmuré.

—Puedes ir a la escuela de hadas por la mañana, volver a casa para echarte una siesta rápida y después ir a la escuela de vampiros por la noche — dijo.

—Pero... —repuse—. No quiero hacer eso.

Mamá parecía sorprendida.

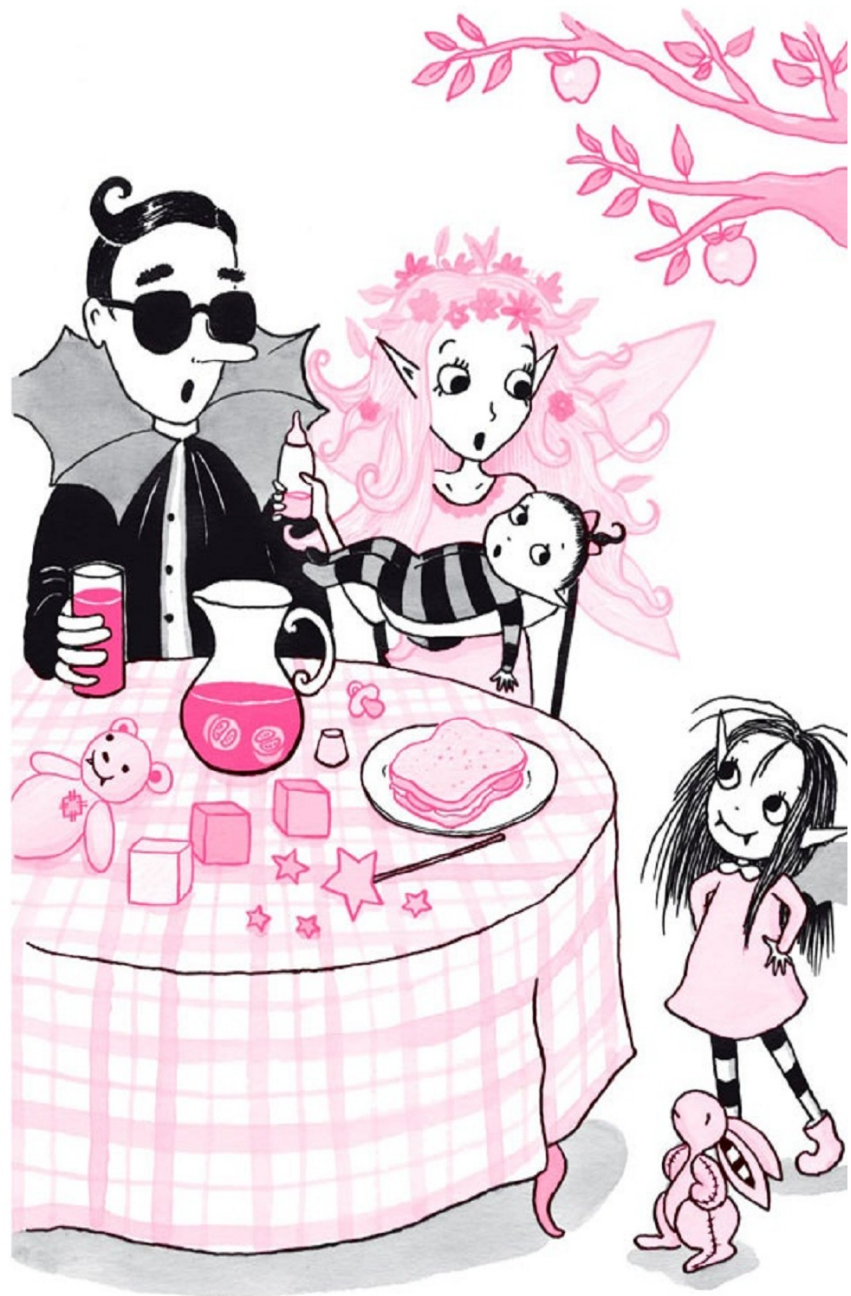
—¿Cómo que no? —dijo.

—He pensado en una solución mucho mejor... ¡Quiero ir a un COLEGIO NORMAL DE SERES HUMANOS!

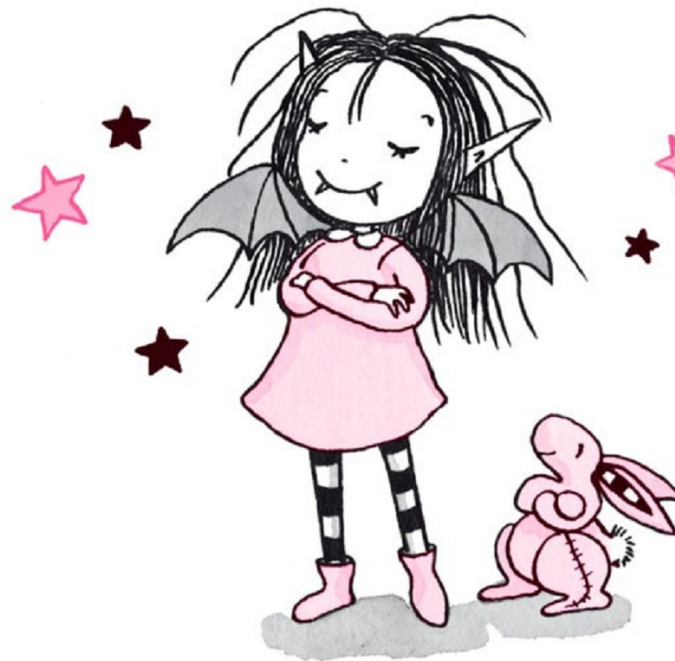
Mamá y papá dieron un grito ahogado.

—¡Oh, no, no, NO! —exclamaron—. ¿Por qué cielos ibas a querer meterte ahí? ¡Tú eres un ser mágico! ¡Eres especial! Tienes que ir a una escuela especial. A una escuela de vampiros o a una escuela de hadas.

Negué con la cabeza.



★ —No —repuse—. Quiero ir a una escuela normal.
★ —¡Pero está llena de seres humanos! —dijo papá, sorprendido
— Los humanos son muy extraños. Apenas salen al aire libre. Se
quedan sentados mirando cajas todo el día. Toman comida de color
marrón y usan pantallas para hablar entre sí.
—¡Ni siquiera pueden volar! —añadió mamá.
—Pues acabo de hablar con algunos niños y eran muy simpáticos. Había
uno que se llamaba Bruno, y otra que se llamaba Zoe, y otra...
—¿Has hablado con ellos?! —exclamó papá horrorizado.
★ —Pero... pero... no son como tú —dijo mamá—. Tú eres ★
diferente.
—Ya lo sé —dije—. Pero ellos también eran diferentes. Como las
estrellas que papá mira con su telescopio. Y no les importaba que yo no fuera
totalmente vampiro o totalmente hada. De hecho, les parecía interesante.



—Hum... —dijo papá—. Los humanos son muy raros.
—A mí me gustan —dije—. Estoy empezando a pensar que los que raritos
sois vosotros.

—¡Pero bueno...! —dijo mamá, mientras daba unos toques con su varita al manzano para que diera naranjas.

—¡Hay que ver! —dijo papá, colocándose las gafas un poco más arriba en la nariz.

—Sí —les dije—. Pero ¿sabéis una cosa? Creo que es algo bueno. Si no, todo sería muy aburrido.

Pinky asintió sabiamente a mi lado.

—Y por eso... —continué con firmeza—, he decidido que un colegio normal ¡es el sitio perfecto para mí!

—Hum... —dijo mamá, cogiendo una naranja del árbol.

—¿Seguro que no prefieres ir a la escuela de vampiros? —preguntó papá.



—Seguro —respondí.

—¿Y seguro que no prefieres ir a la escuela de hadas? —añadió mamá.

—¡Sí! —dije.

—Pues nada —concluyó papá—, quizá un colegio normal sea lo mejor para ti.

—Quizá sea el lugar perfecto —dijo mamá, abriendo los brazos para abrazarme.

Sonreí y Pinky se puso a dar saltos a mi lado.
—¡Sé que lo es! —les dije con alegría—. ¡Un colegio para seres humanos
es el lugar perfecto para un hada vampiro como yo!

